

OBITUARIO

Luz, una evocación



CRISTINA LÓPEZ DE CAIAFA¹ & FRANCISCO AMEGLIO²

El 8 de agosto de 2015 murió Luz María Porras.

La fecha sitúa su deceso en un punto preciso del tiempo, pero la contundente lógica del dato vacila cuando, como amigos y colegas, la evocamos en su vida y en su recorrido final.

En realidad, empezamos a extrañarla en la institución y en la amistad ya unos años antes de su partida, cuando en rápida progresión fue dejando de ser la Luz rica, activa, empecinada a veces, pero siempre curiosa y creativa que conocíamos.

El asiento vacío en la reunión científica de los viernes, la memoria diezmándose y el silencio en zonas antes densamente pobladas de intereses eran muestras de un cambio que menoscababa las dotes y potenciales con los que había enriquecido su vida y la nuestra. Era muy doloroso verla avanzar en el repliegue a un modo de existir en un «refugio psíquico», la Colonia del Sacramento de su infancia. Allí, donde tuvo unos pocos años de existencia en familia; allí, donde la temprana muerte de su madre instaló soledades, pesares y grietas insalvables.

Desde esos comienzos, algo de lo trágico habitaba en ella y coloreaba desde la vida personal las afinidades teóricas, psicoanalíticas o literarias.

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. caiafa@vera.com.uy

2 Miembro asociado de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. ameglio@adinet.com.uy

Desde esas mismas zonas y muy consustanciada con el trabajo en su análisis personal, pudo rescatarse para la vida para poblarla de vínculos de intereses y de logros.

Se formó en medicina, se especializó en ginecología y en psiquiatría para luego entrar a formarse en el Instituto de APU; entretanto, los «plantes» de la dictadura habían cerrado un capítulo maternal en sus inicios, una experiencia breve pero muy dura. Acompañada de Walter, su marido, recorrió sendas de recuperación física y emocional, y finalmente pudo instalarse a sembrar y producir en el campo de lo psíquico.

Esta es la Luz que conocimos en APU, la que daba siempre muestras de una curiosidad inagotable y del disfrute que le deparaban la indagatoria y sus pequeños-grandes hallazgos, todo lo cual vertía en una riquísima producción intelectual que avanzaba tejiendo ideas y estimulándolas en los otros. Evocamos así la conferencia sobre Champollion y su gesta de descifrar una lengua desconocida sobre una estela funeraria de miles de años, la piedra Rosetta: esta conferencia, una perla —al parecer, perdida—, un trabajo de investigación finísimo sobre otro investigador que rescata de un pasado muerto un bien cultural que entra en la inmortalidad.

Esta evocación, con mucho de nostalgia y añoranza, pensamos que tiene en nuestro duelo la función de ayudarnos a remontar ese penoso tramo final y rescatar aquella Luz de presencia singular, viva y productiva que a veces con sus aportes inéditos nos dejaba atónitos y complacidos como niños viendo salir conejos de su galera, una galera que se poblaba de referencias a lecturas insospechadas que anudaban la aguda mirada sobre el hecho clínico o literario con la perspectiva psicoanalítica, enriqueciendo con sus enfoques ambas áreas. En esta línea se sitúan sus infaltables aportes a las jornadas de literatura y psicoanálisis de las que fue desde el inicio incansable impulsora, así como su libro *Galerías*, un paseo complejo por las riquezas del arte la cultura y el psicoanálisis.

En 2005 y 2006 fue editora de la Biblioteca Uruguaya de Psicoanálisis (BUP). Ya en años anteriores, junto a D. Gil y Myrta Casas había dedicado importantes esfuerzos para sacar adelante la publicación de los libros de Koolhaas. Ahora, trabajando codo a codo con Marta Labraga de Mirza, compiló dos volúmenes: uno, *Literatura y psicoanálisis*; el otro, *Perspectivas psicoanalíticas; perfiles de la práctica*.

LUZ, UNA EVOCACIÓN

Estas referencias a las actividades institucionales en las que Luz se involucraba —casi diríamos, pasionalmente— la muestran en un compromiso consistente —más allá de la teoría y de la clínica, que tanto le concernían— con la institución psicoanalítica como tal.

Otra zona de la vida institucional que le interesó sobremanera fue la formación. El Instituto contó con ella en todas las áreas de actividad. Fue docente titular, coordinadora del Grupo de docentes, supervisora y analista de Formación, directora de Enseñanza (1992-1994) y activa impulsora del nuevo Plan de estudios.

Dentro de la zona del Instituto, volcó también los resultados de su reflexión sobre variados aspectos de la formación, a veces en forma individual, a veces en colaboración. Se destacan, así, aportes vinculados con la supervisión curricular, las teorías y nuestro vínculo con ellas, la transferencia en relación con las teorías y la evaluación y la autoevaluación (los tres últimos, con uno de nosotros).

Sus numerosos aportes a la vida institucional, como hemos visto, fueron amplios, variados y valiosos. En 2002, en coincidencia con la gran crisis económica a nivel nacional, Luz se hizo cargo de la presidencia de APU y debió enfrentar junto con sus compañeros de directiva las dificultades financieras de la institución en ese momento. En la interna hubo que tomar decisiones penosas vinculadas, por ejemplo, con la disminución de personal o con la gestión de acuerdos sobre atrasos de cuotas de los miembros. En relación con el exterior (es decir, con la IPA), se imponía solicitar, fundamentar y negociar disminuciones transitorias de las cuotas de los miembros. Luz tomó este cometido con mucha dedicación, y luego de algunas conversaciones con Laplanche, se logró que la IPA realizara una disminución importante del aporte, beneficio con el que hemos contado hasta hace muy poco tiempo.

Respetuosa de estatutos y reglamentos —sin concesiones, desde su convicción de que estos garantizaban y fortalecían la vida y la salud institucional—, estuvo también abierta a pensar y discutir las modificaciones que se visualizaban como necesarias. Así, promovió que los acuerdos útiles que surgían de los grupos pudieran, luego de ser debidamente discutidos, integrarse a los reglamentos, gracias a lo cual se aportaban novedades y dinamismo, pero sin omitir los pasos necesarios dentro de la legalidad

institucional. Su condición memoriosa era valiosa en estas instancias de trabajo colectivo: Luz recordaba no solo las decisiones tomadas, sino mucho de las dinámicas argumentales que las habían fundamentado.

Es mucho lo que queda sin ser dicho. Anidado en los afectos, su frase «uno nunca sabe quién se muere» evoca con su polisemia una construcción personal en cada uno, íntima, singular y siempre parcial, y el texto escrito funciona para cada quien que lo lee como una pequeña llave que abre a la singularidad del vínculo y del personaje construido en él: la buena docente, la autora sorprendente, la analista que no se olvida, la amiga entrañable. ♦